



ENSAYO | Aniversario de Miguel de Cervantes:

Reescribir sin reír

CARLOS FRANZ

En su cuento "Pierre Menard, autor del Quijote", Jorge Luis Borges discurre un escritor tan vanguardista que hasta sueña con una empresa que hoy llamaríamos posmoderna. Su ambición, como se sabe, es volver a escribir el Quijote letra por letra, pero sin copiarlo. "Mi empresa no es difícil, esencialmente", anota Menard en una carta, "Me bastaría ser inmortal para llevarla a cabo". La icona borgiana le dispensa que, en sus fatales 20 años de vida, Menard logre reescribir los capítulos IX y XXXVIII de la primera parte, sólo para luego destruirlos. Siempre me intrigó ese detalle. No la causa de que Menard intentase su descabellada empresa, sino, ¿por qué quemar las decenas de pruebas de que su inmortalidad no era imposible? El narrador del cuento sólo nos ofrece, a manera de moraleja, una explicación melancólica: "No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil. En la literatura, esa caducidad final es aún más notoria".

Es posible que a muchos lectores de Borges —como a mí— les haya entrado la misma duda. Y que buscando una respuesta hayan acometido el juego de ir a ver de qué tratan los capítulos del Quijote elegidos para que Menard logre reescribirlos, y después destruirlos. El capítulo IX —idénticamente reescrito por Menard— contiene el famoso pasaje en el cual el autor de Don Quijote confiesa que "en realidad" se limitó a comprar el manuscrito árabe de la novela a un vendedor de papeles viejos, encargó su traducción a un mozo de a caballo de "dos arrobas de paño" y dos fanegas de trigo", y al hacerlo descubrió que la historia había sido escrita por un tal "Cide Hamete Benengeli, historiador antiguo" (a quien, más tarde, Sancho se complacerá en motejar de "Cide Ha-

En la ínsula Barataria de la ficción posmoderna y en las inmediaciones de un aniversario cervantino más, dos lecciones de Don Quijote que Pierre Menard quemó.

mete Benengeli"). Cervantes se reserva para sí sólo el título de "segundo autor" o padrastro del libro, y por esta vía el mismo entra en la ficción como un personaje más. Menard al mismo expedito nosotros, como lectores de un libro ficticio escrito por un autor ficticio, resultamos ser, de carambola, una suerte de "segundos lectores" o lectores ficticios también.

Estamos en el origen mismo de las magias liberadoras de la novela moderna: la ficción no es puro privilegio de los personajes, sino que también puede des-realizar a su autor y a sus lectores. Y al hacerlo liberamos —al menos transitoriamente— de las esclavitudes del mundo real.

El capítulo XXXVIII, por su parte, no es menos señero, y su elección

barro que la realidad es superior a ellos. El yelmo de Mambrino puede ser un espléndido casco imaginario, pero sirve de poco para defenderse de los golpes de un sólido rocín real. Quijano, Cervantes y Borges saben de ese límite real que la libertad de la ficción no puede cruzar sin pena de ridículo. Menard, que lo ignora, interés, seriamente, reescribir el Quijote. Luego la vanidad de creer que esta es la razón por la que Menard destruye finalmente la prueba de sus esfuerzos. Como que fue cuando se dio cuenta de lo absurdo de su seriedad que Menard decidió quemar los capítulos que reescribió.

El capítulo IX, que Menard triunfó en reescribir, señala la ruta tremenda de las liberaciones que la ficción novelística explicaría sin omitir después de Cervantes. El capítulo XXXVIII, en cambio, entraña una advertencia menos oída, como a menudo ocurre con las que nos hace el sentido común. Nos pone en guardia contra la ironía que el abuso de esas libertades arrastra, sobre todo si son ejercidas sin humor. Borges puso esa libertad y esa advertencia, el entusiasmo y el ridículo, puso a Menard en la cuenta floja de aquella ironía.

Pedantería posmoderna

Hoy, en nuestra edad trivial, algunos posmodernos vuelven a postular —y a contrasignos de Cervantes— la superioridad de la ficción sobre la realidad. El lo que es parecido: hacen literatura de la literatura y al hacerlo, con toda seriedad, implican que la realidad es un medio de aproximarse a la ficción, y no lo opuesto, como quiere el sentido común. A quienes quisieran reírse en esa ínsula Barataria de la ficción posmoderna, quizá no les sería inútil repasar aquellas ironías. Repasar al Quijote y al infinitamente pedante Pierre Menard. El pobre Menard que, por reescribir sin reír, quedó obligado a quemar.

Hoy, en nuestra edad trivial, algunos posmodernos vuelven a postular la superioridad de la ficción sobre la realidad.

por Borges tampoco puede presumirse hijo del azar. Se trata del "Curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras". En ese discurso, el caballero de la triste figura, aconsejado de cerca por Cervantes como antiguo soldado, ambos, postulan que el militar es superior al escritor, incluyendo en ese concepto a toda suerte de hombres de letras. En efecto, el argumento esencial de don Quijote puede resumirse en recordarnos que, básicamente, la guerra es más real que los libros. Imposible mayor sensatez la de este "león". A menos que escojamos la aproximación idealista a la realidad, deberíamos convenir en que la guerra acarrea más sufrimiento real para los que la padecen, que la lectura de libros de guerra.

La paradoja cervantina, recogida por la icona borgiana, es sencilla. Alonso Quijano, el hombre enloquecido por los libros, postula sin em-

Reescribir sin reír [artículo] Carlos Franz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Franz, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Reescribir sin reír [artículo] Carlos Franz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile